

## LIBRO TERCERO

### CAPITULO PRIMERO

EL IMPERIO, EL PARLAMENTO Y LA GUERRA DE TURQUÍA

Después de las paces hechas en los Pirineos, en Oliva y en Copenhague siguió para el imperio alemán un corto período que puede considerarse como menos agitado, comparándolo con los grandes acontecimientos que lo habían precedido y que lo siguieron.

Las grandes cuestiones políticas que interesaban á la Europa occidental y á la del Norte continuaban sin solución y se preparaban en ambos lados nuevas tempestades que amenazaban estallar. Aquella época estaba amenazada de grandes conmociones, notándose algún elemento que dejaba prever su fuerza mal comprimida. A todo esto se agregó por la parte de Oriente el anuncio de que el imperio turco volvía á emprender sus antiguos ataques.

El imperio alemán se hallaba enfrente de un porvenir saturado de peligros, en una situación por demás débil, conforme sabemos por su constitución. Tres fuerzas se notaban en la confusión que ofrecían algunos elementos de organización: el imperio de los Habsburgos nuevamente fortificado con la elección de Leopoldo I; el Estado brandeburgués-prusiano que todavía estaba ocupado en echar sus fundamentos, y finalmente la nueva liga del Rin, único resultado, dotado de alguna vitalidad siquiera temporal, de las fuerzas federales durante el decenio último.

Cada una de las tres fuerzas tenía un pensamiento político que le servía de base y que era contrario á los pensamientos políticos fundamentales de las otras dos fuerzas alemanas. El poder imperial, ya hereditario en cierta manera, tenía el sello católico que le había comunicado Carlos V; por otro lado se estaba levantando el nuevo Estado militar y administrativo protestante, deseoso de hacerse completamente soberano y autónómico; y finalmente la aristocracia alta del imperio, celosa de su independencia enfrente del poder imperial, procuraba asegurar su poder por medio de la federación entre sí, enfrente del poder imperial y enfrente del extranjero.

Ninguna de estas tres fuerzas pudo imponerse á las otras dos para conseguir la preponderancia y el dominio. La política alemana no era un caos como se ha creído con frecuencia, sino una multitud de pensamientos diferentes que se negaban y combatían mutuamente á manera de fuerzas políticas contrarias. En los Estados alemanes, declarados soberanos en la paz de Westfalia, se notaba el deseo de manifestarse políticamente, aunque el territorio y el poder solo les permitían mantener relaciones diplomáticas con alguna potencia mayor como la corte de Francia, la Suecia, la Holanda ó Inglaterra, y estas potencias extranjeras, en primer lugar Francia, procuraban aprovechar la situación para someter cada vez á sus intereses nuevos fragmentos de la fuerza alemana.

Este exceso de impulso de la política autónoma era ya antiguo; pero el siglo xvi lo había fomentado y la gran guerra con sus peripecias había inspirado humos de grandes personajes políticos y militares á magnates como el duque de Sajonia Weimar y la landgravina de Hesse-Cassel; y la admisión oficial de todos los magnates del imperio al congreso de paz de Westfalia, había puesto el sello del reconocimiento europeo á todos los potentados alemanes grandes y pequeños. En realidad, solo los potentados mayores compartían con la corte imperial la influencia política, como los soberanos de Brandeburgo, Baviera y Sajonia, y acaso también los ducados de Brunswick reunidos y la liga del Rin con el príncipe elector de Maguncia á su cabeza. No por esto dejaban de ocuparse en la política alemana otros potentados de tercero y cuarto orden, aunque sin resultado, pero aumentando la descomposición general y sirviendo sin quererlo los intereses de potencias extranjeras y enemigas.

Uno de los personajes de esta clase era el repetidas veces mencionado obispo Cristóbal Bernardo de Galen, obispo de Munster (1). Este prelado disponía ciertamente de un poder muy insignificante aun después de haber sometido á su dominio su capital episcopal, pero á pesar de esto apenas hubo entre los años de 1660 á 1670 ninguna complicación política importante en la Europa occidental en la cual no hubiese estado complicado. Este obispo turbulento mantenía relaciones tan pronto amistosas como hostiles con Inglaterra, Holanda y Francia; en 1665, en la guerra marítima entre Inglaterra y Holanda, se puso del lado de Inglaterra mientras todo el resto del imperio quedó neutral, verificando desde su obispado una invasión guerrera en Holanda. La consecuencia inevitable de su conducta fué que Luis XIV, amigo de Holanda, se valió de la ocasión para intentar establecer el poder francés en el territorio del obispo ocupándolo desde la parte del Rin, y si no lo hizo, debióse á la energía del elector de Brandeburgo, que con una demostración militar amenazadora obligó al obispo á hacer la paz y quitó á la política francesa el pretexto de intervención.

Otro personaje turbulento entre los pequeños potentados alemanes era el conde palatino Felipe Guillermo de Neuburg, copartícipe de los territorios de Cléveris y Julich. Este señor de territorio muy reducido, y de recursos mas reducidos todavía, no tenía rival en punto á grandes y osados proyectos políticos, ya fuese procurando expulsar de Cléveris á su contrario brandeburgués, ya queriendo derrocar al protector Oliverio Cromwell para volver á sentar en su trono á los Estuardos, ya tratando de presentarse candidato á la corona imperial de Alemania ó á la de Polonia. Durante muchos años fué el móvil secreto de todos sus proyectos ambiciosos su enemistad contra el elector de Brandeburgo, hasta que que-

(1) Tucking: *Historia del obispado de Munster* en tiempo del obispo Cristóbal Bernardo de Galen (Munster, 1865); Husing: *El príncipe obispo Cristóbal Bernardo de Galen, reformador católico del siglo xvii* (Munster y Paderborn, 1887).

dó súbitamente zanjada la cuestión de la herencia de Julich y Cléveris, pues el afán de conseguir el trono de Polonia, que había de quedar dentro de poco vacante, hizo que el conde palatino se arreglara pacíficamente con el elector de Brandeburgo, á causa de su grande influencia en Polonia, sustituyendo al tratado provisional, en setiembre de 1666, un tratado definitivo de herencia, y reconociendo como perpetua la división del territorio en cuestión, con lo cual el pleito sobre la sucesión de Julich y Cléveris quedó sobrelleado ante

el consejo del imperio, después de haber durado mas de cincuenta años.

Así como los citados potentados turbulentos y ambiciosos pretendieron figurar en política y en diplomacia, del mismo modo muchos otros aun mas pequeños quisieron intervenir en el terreno político buscando relaciones hasta en Portugal y en Moscou; y no solamente se distinguieron en esto los príncipes, sino también muchos estamentos. En el ducado de Prusia los estamentos, ó una parte de ellos, conservaron



Facsimile de una caricatura de la época, que representa al obispo de Munster Cristóbal Bernardo de Galen en traje mitad de eclesiástico y mitad de guerrero

su contacto con la Polonia; en los territorios de Cléveris lo mantuvieron con la Holanda, y en Wurtemberg pretendía la nobleza decidir la entrada en la liga del Rin y discutir las relaciones que debía tener su país con Austria, con Francia y con Suecia (1).

Hasta un organismo político independiente, como la liga del Rin, no pudo obligar á sus miembros á marchar acordes en la política de la liga. Esta confederación había adquirido poco después de su fundación miembros poderosos y nuevos, como el landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt, el duque Everardo de Wurtemberg, el obispo de Munster y el príncipe elector de Tréveris, que entraron en ella en 1661. Hasta otros magnates mucho mas lejanos, como el duque

Julio Enrique de Sajonia Lauenburg y el duque Cristian Alberto de Schleswig Holstein, se declararon dispuestos á entrar en la liga, que fué prorrogada por otros tres años en agosto de 1660; pero ninguno de estos miembros estuvo dispuesto ni remotamente á renunciar á su diplomacia propia á favor del consejo de la liga domiciliado primero en Frankfurt y después en Regensburg.

Los duques de Brunswick no querían renunciar ni á la liga del Rin ni á sus tratados de subsidios con la corona de Francia, lo que no impidió que contra los deseos del gobierno francés negociaran con el elector de Brandeburgo para hacerle entrar en la liga del Rin. El elector de Colonia retardó cuanto pudo su entrada en la liga, negociando entre tanto con la corte de Viena por medio de su ministro Francisco Egon de Furstenberg, mientras el hermano de este, Guillermo Egon, negociaba en París. La misma conducta observaban los demás potentados, de modo que el elector

(1) Véase la *Historia del ducado de Wurtemberg*, tomo IX, página 231; Lang: *Política extranjera de los estamentos de Wurtemberg*, Stuttgart, 1886.

Juan Felipe de Maguncia á duras penas pudo conservar la concordia entre los aliados aun en las cuestiones de la política propiamente del imperio.

La liga del Rhin, atendida la libertad que sus miembros pretendian para sí, era una institucion bastante vaga, y la misma política que al principio esperó grandes resultados de esta liga reconoció al cabo de pocos años que los resultados de ningun modo correspondieron á las esperanzas que habia hecho concebir (1). Luis XIV hasta tuvo escrúpulos de ensanchar la liga porque no le inspiraba completa confianza (2). El sistema de tratados especiales con los diferentes Estados alemanes, conforme deseaba Mazarino, pareció al rey mas provechoso antes de decidirse á ingresar en la liga del Rhin; y cuando se trató en el año 1666 de admitir en la liga al electorado de Sajonia, el gobierno francés se decidió á favor de una alianza separada.

Poca importancia tuvo ni para la liga del Rhin ni para el elector Federico Guillermo de Brandeburgo la entrada de éste en la liga despues de largas negociaciones en el mes de abril de 1665 (3). El elector habia considerado desde un principio conveniente no negarse en absoluto á ingresar en la liga, aunque no fuese mas que para saber cómo pretendian servirse de ella la Francia y la Suecia. Las negociaciones que trataban de las condiciones puestas por el elector á su entrada se prolongaron durante años, oponiéndose el elector á todo vasallaje á favor de la Francia y pretendiendo por el contrario que la liga sirviese de contrapeso á la influencia francesa. Por fin el elector se decidió á entrar en la liga, pero cuando lo hizo habia pasado ya el máximo grado de la importancia de esta asociacion. Especialmente á consecuencia de las cuestiones de Erfurt, de las cuales se hablará mas adelante, se habia aflojado mucho su organizacion, y los acontecimientos de los años inmediatos precipitaron su disolucion hasta que en el año 1668 cesó de existir la liga sin que hubiese sido primero formalmente disuelta.

Para todas estas fuerzas contrarias ó simplemente aisladas el parlamento aleman deberia haber sido el terreno comun ya para entenderse, ya para luchar. Desde que la asamblea de Regensburg se habia separado en 1654 en completa discordia sin haber resuelto casi ningun problema, la corte de Viena dejó pasar casi diez años sin decidirse á volverla á convocar. Entretanto habia ocurrido el cambio de gobierno y el jóven emperador Leopoldo I no tuvo naturalmente gran prisa para aumentar las dificultades de los comienzos de su reinado con la reunion molesta y costosa del parlamento aleman.

Por supuesto que la suspension del parlamento no resolvió todos los conflictos. Desde el otoño de 1655 se reunia en Francfort bajo la presidencia del elector de Maguncia la comision permanente del parlamento, compuesta de magnates

(1) Las instrucciones y cartas de Luis XIV al embajador Gravel en Francfort, de los años 1661 y 1662, muestran el concepto que el rey de Francia tenia de la liga del Rhin (Guhraner, *Kur-Mains*, tomo II, páginas 296 y siguientes). ¡Lástima que la historia de la liga, en especial su direccion por la parte de Maguncia, resulte todavía poco conocida! Si se conociesen los documentos que están por descubrir, aparecería seguramente bajo un aspecto mas favorable; porque para caracterizarla no basta conocer las pensiones que pagó la Francia á los príncipes. De todos modos es «chocante», según la expresion de Luis XIV, que refiere Guhraner, que el elector Juan Felipe de Maguncia se viera impulsado en el año 1662 á protestar «conforme exigia su cargo» (probablemente como archicanciller del imperio), contra la conducta del rey relativamente al ducado de Lorena; y como ésta hubo tambien otras tentativas de protesta.

(2) Véase *La diplomatie française et la cour de Saxe*, pág. 196, Auerbach, para las explicaciones entre el rey y su embajador Gravel, y las observaciones muy acertadas del autor.

(3) *Doc. y actas*, tomo XI, págs. 437 y siguientes.

elegidos entre los dos campos principales con la mision de evacuar los negocios todavía pendientes y preparar los que el parlamento venidero debia resolver. Poco habia conseguido esta comision, á causa del continuo desacuerdo con la corte imperial, cuando en abril de 1657 murió Fernando III. En lugar de suspender según la costumbre las sesiones de la comision permanente, el elector de Maguncia consiguió que por lo menos una gran parte de la asamblea presidida por él continuara reunida en Francfort celebrando sus sesiones, mientras los príncipes electores conferenciaban sobre la eleccion del nuevo emperador; por manera que el príncipe elector y archicanciller del imperio se veía durante el interregno á la cabeza de dos autoridades del imperio. Esto complacia grandemente á aquel potentado ambicioso, porque de este modo conservaba la direccion de los asuntos del imperio, á la cual no renunció tampoco cuando se hubo celebrado el acto de eleccion del nuevo emperador. En efecto, el nuevo soberano permitió que Juan Felipe continuara por lo pronto presidiendo la comision permanente, que con la autorizacion imperial debia continuar sus trabajos, á los cuales se agregó la reorganizacion del ramo militar federal. Esto dió lugar á una cuestion muy larga y viva. En la corte de Viena se comprendió perfectamente que la intencion del elector archicanciller era conservar la posicion adquirida durante el prolongado interregno, aun despues de haberse elegido el nuevo emperador, á manera de una especie de gobierno secundario para lo cual servia de medio la presidencia de la comision permanente, debidamente autorizada.

Al lado de este cargo tenia tambien el elector de Maguncia la presidencia del consejo de la liga del Rhin que residia igualmente en Francfort. La reunion de estos dos cargos facilitó al elector Juan Felipe una influencia extraordinaria casi independiente como gobierno secundario en el Oeste del imperio mientras el nuevo emperador estaba ocupado en el extremo oriental del territorio austriaco.

Forzosamente hubo de engendrar esta situacion un notable desacuerdo entre la corte imperial y aquellos órganos oficiales. El emperador, consintiendo en la continuacion de los trabajos de la comision permanente, quiso quitar al elector de Maguncia la direccion exclusiva de la comision y dispuso su traslacion á Regensburg. Una parte de los potentados que componian la comision permanente se conformó con la traslacion; pero no figurando en ella el presidente de la comision no pudieron deliberar, y además el elector de Maguncia y el de Colonia negaron al emperador el derecho de trasladar por su propia autoridad el domicilio de la comision.

Esta, pues, volvió á abrir sus sesiones en Francfort en octubre de 1658, con los individuos que no quisieron trasladarse á Regensburg, por manera que la diputacion permanente se halló dividida entre Regensburg y Francfort, lo cual dió lugar á un nuevo conflicto constitucional en el imperio (4). Los miembros de la comision permanente, contrarios á la traslacion, que continuaron sus sesiones en Francfort bajo la presidencia del elector de Maguncia, eran tambien en su mayor parte miembros de la liga del Rhin, de lo cual resultó que el conflicto tomara la exacerbacion de un conflicto entre el emperador y la liga (5). El emperador pidió la traslacion á Regensburg á fin de inutilizar á la asamblea de la liga del Rhin, reunida en Francfort, y el elector Juan Felipe, negando al emperador la facultad de trasladar la co-

(4) Grossler: *La contienda sobre la traslacion de la comision permanente del imperio desde 1658 hasta 1661*, Stargard, 1870; y del mismo autor: *Las causas de la permanencia del llamado parlamento permanente en Regensburg*, Stargard, 1869; *Doc. y actas*, tomo XI, pág. 10.

(5) Kocher, tomo I, pág. 284.

mision permanente, pudo continuar teniendo reunidos los miembros de la liga, que constituía principalmente su poder é influencia en el imperio. Para la política francesa, este desacuerdo, que paralizaba el poder del emperador dentro del imperio, era un factor muy favorable, que naturalmente el gobierno francés fomentó en cuanto pudo.

El medio natural de acabar con el conflicto era la convo-

cacion del parlamento, pues que con ella habia de cesar la comision permanente. Por muchos lados se instó al emperador á dar este paso y hasta por el mismo elector de Maguncia.

No obstante, en Viena se quiso eludir la convocacion del parlamento, y el emperador probó hasta trasladar la comision permanente á Augsburgo, pero no se obtuvo tampoco



Nicolas Zrinyi. Facsimile reducido de un grabado anónimo de la época

el resultado apetecido, y finalmente, no hubo otro medio mas que someterse á la dura necesidad y convocar al parlamento, lo cual hizo el emperador Leopoldo en 8 de febrero de 1662 convocándolo para el 8 de junio del mismo año.

Además de ser éste el resultado de la lucha de los partidos dentro del imperio, contribuyó á la resolucion de convocacion del parlamento otro motivo urgentísimo, que fué la inminencia de una nueva guerra con los turcos.

La posicion política de la monarquía austriaca en Europa requería en todo tiempo que este imperio se defendiera simultáneamente en el Este y en el Oeste contra vecinos belicosos y ávidos de conquista; y difícil es decir cuál enemigo era mas amenazador para el Austria, si la Francia ó la Turquía.

La posicion del Austria era difícilísima, y para salir triunfante contra los dos enemigos hubiera sido menester un gobierno siempre superior, y que además dispusiera de todo el poderío de una monarquía perfectamente unida; pero los Habsburgos alemanes no tuvieron ninguna de estas ventajas. Por eso su política extranjera estaba condenada continuamente á una marcha oscilante. Era la política de compromisos, de contentarse con resultados á medias, de aplazar continuamente las resoluciones definitivas; pero la dinastía conservó con invencible tenacidad durante muchas generaciones sus grandes propósitos, que se impusieron siempre, aun sin la voluntad y la conciencia de los soberanos austriacos, por la sola fuerza de la tradicion personificada en Carlos V.

Los grandes enemigos de la monarquía austriaca en el Este

y Oeste habían peleado contra el Austria ya aisladamente, ya aunando sus esfuerzos. Muchas veces la política francesa había excitado á los turcos á atacar al Austria en la Hungría para dividir las fuerzas de la monarquía austriaca. Muchas veces tuvo que abstenerse el Austria de lanzar toda su fuerza contra los turcos porque no podía perder de vista á la Francia. Contadísimos eran los casos en que Francia y Austria se habían puesto de acuerdo para hacer frente unidas al enemigo común de la cristiandad; pero á la sazón iba á presentarse un caso como éste, por lo menos en apariencia.

Después de una larga pausa se preparó el Austria para una nueva serie de campañas turcas (1). La lucha contra los turcos en el siglo XVII, giró alrededor de la posesión de Hun-

gría. Los Habsburgos, que ceñían la corona de San Estéban, poseían de la Hungría solo una pequeña parte, porque el dominio real del emperador solo se extendía á los comitados limítrofes del Austria y de Estiria hasta el Raab y Waag, y sobre las comarcas montuosas de la Hungría alta, siendo los puntos fuertes en el Este y Oeste y en la cuenca del Danubio cierto número de plazas pequeñas y grandes. En cambio los turcos eran dueños de los cuatro bajalatos de Ofen, Temesvar, Kanisch y Erlau, que dominaban el centro del país. Ofen era el centro del dominio turco, en cuyo poder estaban todas las fortalezas mayores del país además de Grau y Stuhlveissenburg (Szekes-Fehervar) en el Norte y Esseg y Belgrado en el Sur (2).



*Mein Hauptmann schaffte Gold und profi,  
Ich manlich zuerwarten wijs*



*Wenn ich mein Trummel ruhr im feldt,  
So kost es wahrlich Leut und geldt*

Tipos militares alemanes de las guerras del siglo décimoséptimo

En los territorios que se hallaban bajo el dominio del emperador no era muy sólido el poder de este último, porque todo el país era presa de partidos contrarios políticos y religiosos. Contra el natural propósito del gobierno austriaco de preservar la posesión de los dominios húngaros de todo peligro súbito por medio de armamentos militares, se oponía el espíritu independiente y autónomo de los húngaros. Las guarniciones imperiales en las fortalezas húngaras, soldadesca casi siempre ingobernable, salvaje y mal pagada, daban motivo continuo de quejas, opinando el pueblo húngaro, de sí belicoso, que se bastaba para defender su país, sobre todo teniendo entonces un jefe de brillantísimas dotes y de ilimitada popularidad, Nicolás Zrinyi, ban de Croacia y nieto del héroe de Szigeth. La antigua constitución de Hungría con su rey electivo, su parlamento poderoso y la independencia de sus comitados se veía continuamente amenazada mientras se permitiera al emperador tener en las plazas fuertes y en todo el país guarniciones extranjeras que solo dependieran directamente del gobierno imperial.

A estos motivos políticos de discordia se agregaban los religiosos. La reforma católica pesaba duramente sobre las

comarcas protestantes de Hungría, y las quejas contra los atropellos de la propaganda católica y contra su apoyo por el gobierno de Viena eran permanentes desde los reinados de Fernando II y III, sobre todo en la Hungría alta, donde la población era en su mayoría protestante, siendo cosa admitida que los protestantes podían practicar su religión mucho más tranquilamente bajo el dominio turco que bajo el del emperador dirigido por los jesuitas (3).

Una gran parte de la nación miraba como extranjero al gobierno austriaco y hasta le tenía por enemigo porque amenazaba la antigua organización del país y la fe protestante. Esta situación, que acaso poco peligro ofrecía en tiempo de paz, lo tenía grande al tratarse de una guerra contra los turcos, que eran dueños de la mayor parte de la Hungría.

Las luchas habían estado algunos decenios suspendidas en Hungría, cuando volvieron á estallar con motivo de las complicaciones en la Transilvania.

Este país montuoso, perteneciente á la Hungría, estaba regido desde principios del siglo XVI por príncipes independientes, entre los cuales se habían distinguido hombres notables y de grandes propósitos como los Bathory, Bethlen y

(1) Rinteln: *Las campañas del conde de Montecúculi contra los turcos desde 1661 hasta 1664*, en el periódico militar de Austria; véase más adelante también la literatura relativa á Montecúculi.

(2) Krone: *Historia del Austria*, tomo III, pág. 587.

(3) Véase el artículo de Krauske: *El gran elector y los húngaros protestantes*, en el periódico histórico de Sybel, tomo LVIII, pág. 465.

Rakoczy, que colocados entre la Puerta y la corte imperial en una situación incierta y oscilante, procuraron sacar las ventajas más compatibles con esta situación, teniendo á veces pretensiones muy excesivas. De esta manera quiso aprovechar Jorge Rakoczy II, hombre ambicioso, pero de escaso talento, la ocasión de la guerra entre la Suecia y la Polonia para aliarse con Carlos Gustavo de Suecia y extender su dominio dentro de la Polonia meridional. Había tomado á Cracovia y llegado hasta Varsovia; pero encontrándose por un lado frente á frente con el Austria, aliada con la Polonia, se halló al mismo tiempo en conflicto con el sultan, de quien era vasallo como príncipe de Transilvania y el cual le prohibió la campaña de Polonia, resultando la empresa de Ra-

koczy en todos conceptos superior á sus fuerzas. Esta empresa, después de algunos triunfos aparentes, fracasó en Polonia completamente, y en Constantinopla Rakoczy fué destituido por el sultan Mahmud, que encerró á su embajador en una prisión y ordenó á los estamentos de Transilvania la elección de otro príncipe. A esto siguieron tiempos por demás revueltos, pues en el transcurso de dos años cambió el país siete veces de monarca. Rakoczy luchó varonilmente contra su infortunio hasta que el mismo emperador Leopoldo se interesó por él cerca del sultan, pero no hubo remedio: el sultan reunió contra este príncipe díscolo un poderoso ejército que aniquiló su pequeña fuerza cerca de Gyalu, á orillas del Szamos (cerca de Klausenburg), y pocos días des-



*Sich freuen die Soldaten all,  
Wenn im veldt sie der Pfeiffen schall*



*Nach dem haubtmann vorerdmbe,  
Regiert die knecht der Leutenante.*

Tipos militares alemanes de las guerras del siglo décimoséptimo

pues murió el rebelde de resultas de sus heridas en Grosswardein. Algunas semanas después, en 27 de agosto, el ejército turco ocupó á Grosswardein, con lo cual la Turquía adquirió una posición militar importantísima en la Hungría oriental.

De esta situación resultó la nueva guerra entre el Austria y la Turquía, ya que el emperador alemán de ningún modo podía consentir que la Turquía aprovechara la confusión inconcebible que reinaba en Transilvania para someter este país completamente y transformarlo en bajalato turco.

En el verano de 1661 fueron enviadas á aquel país tropas imperiales sin conseguir ningún resultado; pero eran preludios de los cuales resultó finalmente la guerra, declarada formalmente entre las dos grandes potencias, justamente en una época en que después de largo letargo se volvía á remover en Constantinopla el espíritu de conquista. Desde 1645 luchaba la Turquía en el Mediterráneo contra los venecianos para conquistar la isla de Candía; y en la primavera de 1663 el belicoso gran visir Ahmet-Koprili condujo á sus genizaros á Hungría por la antigua vía de Belgrado, haciendo saber al embajador austriaco que quería hacer una visita á su emperador en Viena con 100,000 turcos.

A pesar de la inminencia del peligro, se vaciló mucho tiempo en el gabinete del emperador Leopoldo antes de resolverse á emprender una nueva guerra decisiva; y el conde

de Porzia, el ministro más influyente del gabinete austriaco, estaba á favor de un arreglo con la Puerta. Cuando se vió que la guerra era inevitable, resultó que el armamento austriaco no podía ser más insuficiente, porque mientras el gran visir se hallaba ya cerca de Belgrado con su ejército, que se suponía de 120,000 hombres, se adoptaron en Austria y Hungría las primeras disposiciones algo energéticas para formar un ejército de campaña. Las muchas fortalezas exigían una gran parte de las tropas existentes, á lo cual se agregó la discordia interior inevitable, porque los magnates húngaros miraron con recelo y ódio á los generales y soldados imperiales, siendo difícilísimo efectuar operaciones concertadas en común entre los austriacos y los húngaros mandados por su ban Zrinyi.

Así resultó desastrosa la campaña de 1663. Cuando el gran visir tomó la ofensiva desde Ofen solo tenía enfrente unos 12,000 hombres de tropas imperiales regulares á las órdenes de Montecúculi, y además la fuerza húngara reunida por los potentados del país, que se fué engrosando hasta 15,000 hombres. En la Moravia se hallaba acantonado el general Souches con un pequeño ejército, para defender aquel país contra invasiones turcas. Con tan pocos medios no fué posible conseguir resultados contra la fuerza superior turca, y fué acertadísima la dirección defensiva y circunspecta de Montecúculi, siempre previsor, para no arriesgar teme-